

Aun cuando estoy completamente convencido de la verdad de las opiniones dadas en este libro bajo la forma de un extracto, no espero en modo alguno convencer a experimentados naturalistas cuya mente está llena de una multitud de hechos vistos todos, durante un largo transcurso de años, desde un punto de vista diametralmente opuesto al mío. Es comodísimo ocultar nuestra ignorancia bajo expresiones tales como *el plan de creación, unidad de tipo*, etc., y creer que damos una explicación cuando tan sólo repetimos la afirmación de un hecho. Aquellos cuya disposición natural les lleve a dar más importancia a dificultades inexplicadas que a la explicación de un cierto número de hechos, rechazarán seguramente la teoría. Algunos naturalistas dotados de mucha flexibilidad mental, y que han empezado ya a dudar de la inmutabilidad de las especies, pueden ser influidos por este libro, pero miro con confianza hacia el porvenir, hacia los naturalistas jóvenes, que serán capaces de ver los dos lados del problema con imparcialidad. Quienquiera que sea llevado a creer que las especies son mudables, prestará un buen servicio expresando honradamente su convicción, pues sólo así puede quitarse la carga de prejuicios que pesan sobre esta cuestión [...] Vendrá el día en que esto se citará como un ejemplo de la ceguera de la opinión preconcebida.

Charles Darwin<sup>10</sup>.

Expuse mis descubrimientos, considerándolos como aportaciones científicas ordinarias y esperando que los demás las acogiesen como tales. Pero el silencio que se mantenía al terminar mis conferencias, el vacío que se formó en torno de mi persona y varias indicaciones que a mí fueron llegando [...] Me di así cuenta de pertenecer en adelante a aquellos que <<han turbado el sueño del mundo>>, según la expresión de Hebbel, no pudiendo ya esperar objetividad ni consideración algunas. Mas como mi convicción de la exactitud general de mis observaciones y conclusiones iba siendo mayor cada día, y no carecía tampoco, precisamente, de valor moral ni de confianza en mi propio juicio, no podía ser dudosa mi resolución. Me decidí, pues, a creer que había tenido la fortuna de descubrir algo de singularísima importancia, y me dispuse a aceptar el destino enlazado a tales descubrimientos.

Sigmund Freud<sup>11</sup>.

La investigación científica tiene prestigio por su exactitud y certeza, y su credibilidad reside en que los descubrimientos se demuestran con experimentos y las afirmaciones se comprueban.

Alicia Rivera<sup>12</sup>.

---

<sup>10</sup> Darwin 2009: 623-624.

<sup>11</sup> Freud 2006: 95-96.

Nuestra moral oficial ha sido formulada por sacerdotes y por mujeres mentalmente esclavizados. Ya va siendo hora de que los hombres que vayan a participar normalmente en la vida normal del mundo aprendan a rebelarse contra esa idiotez enfermiza.

Bertrand Russell<sup>13</sup>

nadie puede ver aquello que no busca.

Juan Luis Arsuaga<sup>14</sup>.

Me guía la belleza en nuestras armas.

Enrique Morente<sup>15</sup>.

---

<sup>12</sup> Rivera 2008.

<sup>13</sup> Russell 2003:101.

<sup>14</sup> Arsuaga 2009: 83.

<sup>15</sup> Morente 1996.

# PREÁMBULO

## UNA VIEJA SOSPECHA

Siempre ha existido la sospecha generalizada de que el *Quijote* encierra un misterio relacionado con asuntos eclesiásticos o propósitos satíricos contra determinadas personas e instituciones.

Ya en 1750 Gregorio Mayans recogía en la “*Vida de Cervantes*” algunas de las teorías conocidas y, poco después, el reverendo John Bowle, en su reveladora “*Carta al Dr. Percy*” y en su monumental edición del *Quijote*, reiteraba esas mismas ideas y rescataba la de un autor francés, Pierre Quesnel, que en 1736 establecía ciertos paralelismos entre don Quijote de la Mancha e Ignacio de Loyola, asociación ya anteriormente defendida “en 1677 por Edward Stillingfleet”<sup>16</sup> y en 1688 por el “enciclopedista francés, Jean Le Clerc”<sup>17</sup>.

Desde entonces, la inmensa bibliografía cervantina ha generado durante los siglos XIX y XX todo tipo de teorías, la mayoría olvidadas y sin continuidad.

La única que ha encontrado persistencia en el tiempo es, precisamente, la de Stillingfleet, la más antigua e incluso popular entre los contemporáneos de Cervantes, pues está documentado que ya en 1610, con motivo de las fiestas organizadas en Salamanca en honor de la beatificación del fundador de la Compañía de Jesús, recorrió las calles de la ciudad una máscara “a la picaresca denominada *El triunfo de don Quijote*”<sup>18</sup>.

Posteriormente, la asociación Loyola-*Quijote* ha sido respaldada por cervantistas de todos los tiempos (Cejador, Castellar y Ripoll, Unamuno, Marco Corradini y un largo etcétera), siempre partiendo de una serie de paralelismos apreciados entre la novela de Cervantes y una biografía de Ignacio de Loyola escrita por el también jesuita Pedro de Ribadeneyra, de forma que todos (quizás a excepción de Le Clerc) chocaron con un mismo obstáculo que les impidió progresar en sus acertadísimas intuiciones: ignorar la existencia de otra biografía de Loyola (*Relato del peregrino*) anterior a la de Ribadeneyra y secuestrada por la propia orden pocos años después de la muerte del fundador.

Ambas biografías, y sus rocambolescas trayectorias, son el leitmotiv y las fuentes esenciales de la novela de Cervantes.

Partimos, pues, de un doble y extraordinario descubrimiento. Por un lado, la intrigante y desconocida historia del secuestro del *Relato* y su suplantación por la ‘falsa’ biografía escrita por Ribadeneyra. De otro, la compleja y exhaustiva ligazón del *Quijote* con dichas biografías a través de un revolucionario procedimiento de escritura encriptada que amplía ilimitadamente el contenido de la obra de Cervantes, a la vez que agiganta su asombrosa personalidad e inteligencia.

Llegué a esas dos trascendentes averiguaciones por una intuición que, pensándolo ahora, brotó como resultado de una experiencia previa. A ella voy a referirme para explicar, de manera lógica, las razones que me condujeron, inconscientemente, a dicha percepción y a su desarrollo.

---

<sup>16</sup> Rico 2012: 23.

<sup>17</sup> Davidson 2012: 53.

<sup>18</sup> Buezo 1991: 93.

## DE FLAUTAS Y OTRAS BATALLITAS

La tarde que subí a la biblioteca a depositar los tres libros ya publicados sobre el Quijote comprendí que los orígenes más remotos de esta historia se encontraban allí, en el mismo espacio donde se ubicó la biblioteca de Fuente del Arco, construida en el solar de la que fuera 'nuestra casa'.

En ella se fraguaron los cimientos de esta crónica, cuyo origen se remonta a una tarde de verano a la hora de la siesta, con dieciséis o diecisiete años, en la que muy aburrido y con un incipiente interés por la lectura escogí las *Obras Completas* de Cervantes. Fue una decisión propia, aunque un tanto azarosa, porque ese libro y otro de poesía de Juan Ramón Jiménez eran los únicos de literatura existentes en la biblioteca jurídica de mi padre.

Lo abrí por la primera página y comencé a leer el *Estudio preliminar* de Valbuena Prat sobre la vida y obra de Miguel de Cervantes. No recuerdo si me impresionó esa vida, ni cómo atravesé las *Poesías* sueltas o *El viaje del Parnaso*.

Sé que bostecé bastante hasta llegar a *El cerco de Numancia*, que mi juventud se emocionó ante la gran tragedia donde se rememora el coraje del minúsculo pueblo asediado por un desmesurado invasor que aspira no solo a vencer, sino a evitar la deshonrosa reputación del exterminio. Me sentí plenamente identificado con el valeroso altruismo de los numantinos, una sensación inolvidable en la que los sentimientos de heroísmo patrio, tan profusamente inculcados en la escuela franquista, se mezclaban con la viva admiración que despierta la tragedia de la heroica fortaleza. Me conmovieron los versos cargados de hondura, las figuras anónimas, la madre, el niño, por primera vez percibí la desolación de la guerra.

Hasta entonces apenas había leído otra cosa que libros de textos, ni siquiera me interesaba la prensa, el cómic o las novelas del oeste a las que eran tan aficionados mis compañeros de internado. Supongo que aquella aventura de leer las completas de Cervantes fue un farol conmigo mismo, aunque lo llevé a rajatabla, pues seguí aburriéndome con todas las obras de teatro, noté cierto gusto por algunos *Entremeses* y no pude con *La Galatea*. Después vinieron las deliciosas *Novelas Ejemplares* y el *Quijote*, con el que terminé el verano sin apreciar que había hecho algo interesante, algo que, después supe, matizó tremendamente mi personalidad y despertó la pasión por la literatura que he sentido desde entonces.

Desde luego el Quijote me produjo una tremenda sensación, sobre todo la Segunda Parte, recuerdo haberla subrayado por encontrar en ella mucha relación con pasajes de la *Biblia*, el primer libro hojeado y leído en el internado, laico, de Badajoz entre los diez y los catorce años.

Oíamos misa cada domingo en una iglesia de los jesuitas y estaba permitido, e incluso aconsejado, leer el mismo fragmento comentado por el sacerdote. La larga ceremonia daba pie a perderse entre las historias e ilustraciones de un libro grabado en nuestra memoria a través de las miles de misas y clases de religión utilizadas para nuestro adiestramiento.

En aquella primera lectura del Quijote encontré mucha conexión con los *Evangelios*, sobre todo con la pasión de Cristo, viendo a don Quijote tan bondadoso, tan optimista y tan digno, tan por encima de burlas y humillaciones. Tuve allí, como en *La Numancia*, momentos emocionantes de escalofríos, leyendo y releendo sin ninguna impresión de deber o compromiso. Desde entonces me hice lector asiduo del Quijote, al que he vuelto cada dos o tres años, buscando siempre un lugar añorado donde recrearme.

Sumiso a directrices paternas fui después a Sevilla a estudiar Derecho. Ya sabía que me interesaba la literatura, pero no encontraba una relación determinante entre lo que gusta y lo que se estudia. Además, y sobre todo, mi padre (secretario de ayuntamiento) se

había encargado de meterme en la cabeza desde pequeño que estudiaría derecho, por sus salidas etc.

Me instalaron en una residencia en el centro. Después de tantos años de internado comencé a saborear la libertad, y la asocié, entre otras cosas, con la literatura. Juan Ramón, Juan de la Cruz, Tirso de Molina, Machado, Unamuno, Espronceda, Tagore, Kafka y un largo etcétera de clásicos mezclados. En realidad me había iniciado de forma distinta a la mayoría de los lectores. Comencé, por mi cuenta, con los clásicos. Tampoco tenía amigos lectores serios, nadie me orientó, en verdad nunca había oído hablar de libros con entusiasmo.

Fueron años muy relajados, con amistades nuevas, cervezas, ajedrez, muchos paseos por los cercanos jardines de Murillo (lugar de encuentro entonces de la escasa modernidad sevillana) y por un barrio de Santa Cruz que, a partir de la primavera, se convertía en el centro de paseo y diversión de la ciudad. Leí y escribí poesía. Me alejé de la religión católica. Abandoné el Persiles.

Recuerdo el nulo interés que me despertaban los profesores de derecho, en realidad seguía con los lastres de un colegial, dedicado a leer lo que pillaba en una clase de seiscientos alumnos donde se podía faltar. *Utopía, La metamorfosis, La realidad y el deseo, Poeta en Nueva York, La voz a ti debida*, libros de Historia, y todo cuanto adquiriría para llevar a clase como complemento de los tediosos apuntes dictados por un catedrático a su parvulario. También me matriculé en un curso de cine en el cineclub de los jesuitas.

La universidad española suele resultar pobre en profesorado y rica en amistades, y allí en derecho topé con gente que vivíamos la misma situación, vástagos jurídicos obligados a continuar la estirpe y, muchos, con grandes inquietudes por cosas ajenas al derecho. Las influencias a todos los niveles fueron importantes, ellos habían tenido profesores o gente que les orientó en lecturas, cine, pintura, etc., todo me sirvió.

Fue un coñazo tremendo aprobar año tras año aquellas materias en las que jamás me concentraba y en las que me creía la persona más torpe y sin memoria del mundo, aunque nunca dejé de leer y viajar a sitios donde abundara, especialmente, la pintura: Barcelona, Madrid, Toledo, París, etc.

En aquellos años aparecieron por Sevilla, camino de Nerva, Ana y Javier, dos jóvenes profesores muy estudiosos y con refrescantes ideas de la vida. Por primera vez, el grupo de amigos que habíamos formado tomaba contacto con unos intelectuales de verdad, versados en arte, literatura, cine, filosofía o música. Un chorro de información inesperada, una nueva vía que oxigenó nuestra endogámica formación, tanto en cultura y política, como en filosofía de la vida. Hacían pensar y ofrecían, tal vez sin pretenderlo, un modo de vida real y alejado de la entonces cateta sociedad sureña. Fue una suerte verlos caminar seguros en la dirección que andábamos buscando.

Era comienzo de la década de los setenta y empezaba a relajarse la censura. España se abría remisamente al mundo y penetraban importantes muestras de lo mucho prohibido hasta entonces. Como estudiantes, carecíamos de medios, pero nos aficionamos a mangar libros en los grandes almacenes, lo considerábamos una forma de lucha contra el capitalismo fascista, y eso incrementó de forma prodigiosa nuestras bibliotecas, especialmente en narrativa y poesía.

Con la desaparición de la censura se reeditó a la Generación del 27 y a muchos autores represaliados y exiliados que nos transmitieron, con su arte y sus atribuladas vidas, las lecciones de integridad y humanismo que los franquistas nos habían negado.

Normalmente seleccionábamos con pulcritud nuestros objetivos, pero a veces se colaban en los lotes algunos inesperados. Así tuve conocimiento del *Relato del peregrino* o *Autobiografía* de Ignacio de Loyola, un libro minúsculo que entró,

azarosamente, junto a otros títulos de la mítica colección “maldoror”, de Labor. Ignoraba hasta entonces su existencia pero, dada mi afición a lo autobiográfico, comencé a leerlo inmediatamente, aunque enseguida lo abandoné por encontrarlo poco estimulante.

Los cinco años de derecho no me proporcionaron una cultura apreciable ni deseable, aunque más tarde comprendí que significaron otra importante fuente de conocimiento. Y, sobre todo, años de juergas, lecturas, amistades, porros.

El mismo día que finalicé la carrera me coloqué en un despacho de abogados. Por la mañana se trabajaba en los juzgados, por la tarde en la oficina recibiendo a humildes clientes legalmente estafados por la famosa cadena de electrodomésticos para la que trabajábamos. Una semana después, sin cobrar ni un céntimo, salí de allí corriendo. Todavía recuerdo el placer del aire cuando pisé la calle satisfecho de mi abandono.

Poco más tarde comencé a trabajar como profesor en la antigua Formación Profesional, donde encontré no solo la frescura y alegría constante de los jóvenes sino, fundamentalmente, tiempo libre para vivir y leer.

Antes de asentarme en Camas, deambulé por Cazalla de la Sierra, Lebrija y, después, por Écija, lugar donde se fragua azarosamente otra de las claves circunstanciales de esta historia. Allí, para completar un horario insuficiente de derecho, impartía ciencias naturales a un grupo de alumnos indisciplinados y poco, muy poco estudiosos. Lo formaban dos chicas, al principio acoquinadas y muy modositas, que pronto aprendieron a defenderse de las constantes embestidas de sus compañeros, ocho o diez traviesos gamberrazos capitaneados por un joven novillero con mucha cara y simpatía.

En la primera sesión de evaluación algunos profesores se mostraron muy duros con ellos, otros tratamos de suavizarlo, provocando incluso un enfrentamiento entre nosotros. Se llegó a sostener que esos alumnos no servían absolutamente para nada, que nunca lograríamos sacarles el más mínimo provecho, etc. Nos opusimos a tan rotunda opinión y alguien nos retó a demostrar lo contrario con hechos, de cualquier forma, ¿por ejemplo?, y la respuesta fue: una obra de teatro.

Aceptamos el reto y Paco García, entusiasta profesor de literatura, se brindó a dirigir la obra con una condición: tú debes actuar con los muchachos. Me negué de entrada porque jamás lo había hecho, pero después rectifiqué, aunque con otra condición: solo actuaré si represento a don Quijote. ¡De acuerdo!, contestó Paco, y después del fin de semana volvió de Granada con una adaptación para escolares de la obra cervantina.

Para entonces yo había leído un montón de veces el Quijote. Me daba igual empezar por la Primera Parte, la Segunda o abrir el libro al azar, a veces tardaba un año o más, alternándolo con otras muchas cosas. Así que, con el texto de Paco y mis capítulos y pasajes preferidos, compusimos un guión a nuestro gusto. Y allí, en Écija, lugar de aciagas resonancias cervantinas, en el íntimo y acogedor teatro del instituto, comenzaron los ensayos.

Costó lo suyo, porque los muchachos se lo tomaban a cachondeo y eran incapaces de memorizar las pocas frases asignadas. La suerte fue contar con Teresa Borrego y, especialmente, con Federico Delgado, un carismático y simpático alumno que encarnó con mucha gracia y desparpajo a un Sancho excepcional.

La primera representación tuvo tanto éxito que nos animó a salir a otros institutos, aunque siempre un poco recelosos de los sobresaltos. Recuerdo especialmente la última función, en Lebrija, una mañana de primavera con el teatro a rebosar. En el momento de subir al escenario comprendimos, por la risa que se traían entre ellos, que acababan de fumarse un porro. Si normalmente les costaba trabajo recordar sus papeles, así podría pasar de todo. La cosa fue bien hasta el tercer acto, donde intervenía toda la clase representando el episodio de los galeotes.

Cuando don Quijote empezó a preguntar a cada uno la causa de su encadenamiento, comenzaron a desbarrar por libre, a disparatar a su aire, obligando a Sancho y a don Quijote a improvisar respuestas no menos disparatadas, con el consiguiente regocijo de los otros

-¡Atrás, atrás, folloneros, malandrines, cautivas criaturas!

les increpaba un don Quijote enervado, mientras ellos, partiéndose de risa, nos acosaban con burlas

-¿dónde vais, fantasmas de pacotilla, con esos caballos de cartón?

Y Sancho respondía indignado

-¡Señor, señor, déles un lanzazo a estos hideputas!

y ellos cada vez más sueltos y revolcándose por el suelo sin parar de reírse.

Cuando lo creyeron conveniente, y siguiendo el hilo de la obra, cayeron sobre nosotros con tanto verismo y mamoneo que nos molieron realmente a palos. Fue una auténtica rebelión, y el público, joven y ajeno al trasfondo de la escena, lo agradeció aplaudiendo a rabiar.

De aquellos días recuerdo especialmente, además de las felices risas de las muchas tardes de ensayos, los textos que, de tanto repetirlos, pasaron íntegros a nuestra memoria.

Y todavía los recordaba cuando, diez años después, a finales de julio de 1994, releiendo a la hora de la siesta en Zahara de los Atunes el *Relato del peregrino*, sentí la música del Quijote, y escribí en la primera página del libro: “*Dentro está el padre de don Quijote*”. Fue una sensación, un impulso, una asociación sonora, realmente no tenía ni idea de lo que acababa de escribir.

## **ASOMBROS Y TITUBEOS**

Rememoro tales batallitas porque sin ellas sería incomprensible lo que vino después. Sin la afición al Quijote, el robo de los libros, o la escenificación y memorización de aquellos fragmentos, no habría captado aquella sensación de música analógica que me embriagó de pronto como una revelación emocionante.

Leía el final del capítulo II, donde se narra la llegada de Loyola al monasterio de Montserrat y la vela de armas ante la virgen, y más que paralelismos con la vela de armas de don Quijote en el patio de la venta, lo que aprecié fue música, una especie de consanguinidad entre el ritmo de aquella prosa y los fragmentos memorizados, algo insondable, una percepción que me inquietó profundamente y provocó unas tremendas ganas de volver a Sevilla para saciar mi curiosidad en la biblioteca.

A pesar de mi pasión por el Quijote, las inmersiones en la crítica cervantina habían sido prácticamente nulas. Era consciente de la existencia de una exorbitante bibliografía donde encontraría lo que acababa de intuir, pero me apetecía comprobarlo, convencerme de que mis sospechas habían sido ampliamente analizadas porque, por otra parte, permanecía el presentimiento de haber tocado algo oculto, algo nuevo e inexplorado. Aproveché esos días para empaparme del Relato y su historia, magníficamente resumida por Carmen Artal en la *Presentación* del libro. Me sorprendió lo poco que había captado en la primera lectura y lo mucho que brotaba ahora de su prosa sobria, escueta y rica en todo tipo de detalles. Encontré además algunos paralelismos paródicos entre determinados episodios del Relato y el Quijote.

Alterado y con muchísimo deseo de conocer la opinión de los investigadores, llegué a Sevilla ansioso por consultar algunos manuales y la escasa bibliografía de mi biblioteca: *Vida de don Quijote y Sancho*, de Unamuno, *Erasmus y España*, de Bataillon, y *El pensamiento de Cervantes*, de Américo Castro. Tres grandes libros que, cada uno a su manera y especialmente el de Bataillon, me habían entusiasmado en su momento.

Comencé por el que tenía más olvidado, el de Unamuno, y enseguida aprecié que todas mis asociaciones estaban recogidas en él. Era principios de un caluroso agosto sevillano y sentí una gran decepción. Aunque no pretendía escribir sobre algo tan machacado como el Quijote, me había ilusionado la idea del descubrimiento. Pero estaba claro, Unamuno, en los primeros capítulos del libro, establece una apreciable relación entre las figuras de Loyola y don Quijote y, además, explica razonablemente los paralelismos existentes entre la vela de armas y otros episodios situados en los primeros capítulos de ambos libros, precisamente los mismos que yo había analizado, incluso me sorprendió comprobar que, en algunos aspectos, llegaba más allá que él. En realidad no entendía por qué Unamuno se quedaba tan corto, por qué no proseguía y, tras los primeros análisis, se dedicaba a filosofar.

A punto de abandonar las pesquisas aprecié una evidencia que me había pasado desapercibida: aunque llegábamos a las mismas conclusiones, partíamos de fuentes distintas, de autores diferentes. Unamuno no menciona el Relato, basa sus elucubraciones en una biografía escrita por el jesuita Pedro de Ribadeneira (“*Vida del P. Ignacio de Loyola, fundador de la Religión de la Compañía de Jesús*”), mientras que yo lo hacía desde el *Relato del peregrino* o *Autobiografía*, narrada de viva voz por Ignacio de Loyola a su compañero portugués Luis Gonçalves da Camara.

Busqué en los manuales (internet todavía no marchaba) y no encontré ni rastro del Relato ni de Gonçalves, por el contrario, la *Vida* (incluida en el Catálogo de Autoridades de la Lengua) aparecía ampliamente reseñada y su autor elogiado y calificado como el primer y mejor biógrafo de Loyola, un modelo a seguir entre los historiadores por el estilo y calidad de su prosa, etc.

Acudí inmediatamente a una casa de los jesuitas cercana a mi domicilio y el P. Julio Martín, encargado de una hermosísima e interesante biblioteca monotemática, me prestó encantado el libro de Ribadeneira.

Nada más comenzar su lectura experimenté una inmediata sensación de rechazo, de repulsa ante algo cuyas primeras páginas desprenden una desagradable impresión de adulación, artificio e incluso de engaño.

No salía de mi asombro, de la prosa rica, sincera y escueta del Relato, se pasaba a un estilo pomposo, fatuo, adulador, empalagoso y, sobre todo, dispar en contenido. Siendo el mismo protagonista, la personalidad derivada de uno y otro libro era radicalmente opuesta, como de personas diferentes, sobre todo a medida que avanzaba y apreciaba un solapado trabajo de manipulación y maquillaje cuyo objetivo se me escapaba entonces pero que, lógicamente, debía existir.

Protesté muchísimo antes de finalizar, por autoimposición, el farragoso libro de más de quinientas páginas cargadas de propaganda ortodoxa y una prosa ampulosa y maniquea, ajena a la más mínima objetividad y heredera del peor fray Antonio de Guevara. También aprecié algunas cortinas de humo respecto a determinadas informaciones del Relato, su fuente principal y, además, algunas evidentes mentiras, así que, cuando finalicé su lectura, estaba convencido de que detrás de esta biografía había gato encerrado.

Esas enormes diferencias entre el Relato y la Vida fueron abriendo el camino para que poco a poco llegara a darme cuenta de algo fundamental: ni Unamuno, ni los demás investigadores que relacionaron la figura de Loyola con la de don Quijote, citaban el Relato, algo sorprendente y que asocié con una de las interesantes noticias ofrecidas por Carmen Artal en su Introducción

En 1567, san Francisco de Borja encarga a Pedro de Ribadeneira la biografía oficial de san Ignacio. Ribadeneira escribe la Vida, utilizando ampliamente el texto de Camara, y consigue que se retiren las copias del mismo de todas las

provincias <<pues siendo cosa imperfecta>>, dice a Nadal, <<no conviene que estorbe o disminuya la fe de lo que más cumplidamente se escribe>> [...] la primera edición del original, en su doble versión español-italiano, no aparecerá hasta 1904.

Además de la información sobre la ‘retirada’ del Relato, el hecho de que no se editara hasta 1904 (y en una edición prácticamente privada) explica el desconocimiento general sobre su existencia.

Encontré, además, en estas primeras investigaciones, en las que anduve especialmente centrado en la búsqueda de paralelismos entre el Relato y el Quijote, otro dato, otro breve fragmento epistolar de Ribadeneyra a Nadal, uno de los fundadores y más íntimos colaboradores de Loyola, recogido en *Erasmus y el erasmismo*, otra gran obra de Bataillon

Que Vuestra Reverencia cumpla lo que nuestro Padre [general] ya ha ordenado y, según creo, escrito a los provinciales [...] a saber, que retiren rápidamente lo que escribió el P. Luis Gonzáles, o cualquier otro escrito referente a la vida de nuestro Padre, y que lo conserven consigo y no permitan que esté en las manos de los nuestros o de cualquier otro. Porque son éstas obras imperfectas, y no conviene que turben o disminuyan la confianza [que se debe] a los escritos más completos. En eso Vuestra Reverencia deberá usar de la diligencia y de la prudencia necesaria para evitar el escándalo.

El genial hispanista francés acudía a esta cita para apoyar su teoría sobre la influencia de Erasmo en los primeros momentos de la carrera religiosa de Loyola. Según él, Ribadeneyra trataba de quitar importancia a dicha influencia, sobre todo porque Erasmo había pasado de ser un autor profusamente leído en España, a estar perseguido por la Inquisición.

Pero se aprecia, además, tanto en esa cita como en la de Artal, el momento de la retirada del Relato y una diferencia sustancial: el de Artal transmite la idea de que la sustitución del Relato por la Vida se produjo de forma casi natural, sin confrontaciones (“consigue que se retiren las copias”), pero en el segundo se palpa una evidente tensión por la forma imperativa y tajante del vocabulario: “cumpla lo ordenado”, “retiren rápidamente”, “no permitan”, “evitar el escándalo”, etc.

Con esas dos notas, más el oscuro y escurridizo tratamiento dedicado a Gonçalves en la Vida, más la relación misteriosa y embozada entre el Relato y el Quijote, que cada día sentía con mayor intensidad, llegué a una primera conclusión: diez años después de la muerte de Loyola, ocurrida el 31 de julio de 1556, la propia Compañía de Jesús ordenó el secuestro del libro considerado como el testamento espiritual de su fundador, y lo mantuvo escondido hasta 1904, año en que por primera vez se publica una edición, muy restringida, del original en su doble versión español-italiano.

Por supuesto, nada de eso se explica ni en la muy erudita edición de Monumenta<sup>19</sup>, ni en la prestigiosa edición de las “*Obras completas de san Ignacio de Loyola*”, de Victoriano Larrañaga (1947), ni en ninguna de las posteriores ediciones del Relato, siempre precedidas de un copioso estudio que guarda un absoluto y significativo silencio en torno a su prolongada desaparición.

Ignoraba que acaba de hacer un enorme descubrimiento, que, sin darme cuenta, había desentrañado uno de los secretos mejor guardados de la historia de la Compañía y una de las claves esenciales para interpretar aspectos importantísimos de la Historia de España y del Quijote. Era lo más que llegué a conjeturar en unos momentos en los que

---

<sup>19</sup> MHSI 1943. (Bajo el título genérico de MONUMENTA HISTORICA SOCIETATIS IESU, la Compañía continúa publicando una extensísima y extraordinaria colección de casi todos los escritos fundamentales de la orden desde su fundación. En adelante MHSI).

mi mayor interés andaba centrado en investigar la supuesta relación existente entre el Relato y el Quijote.

Recuerdo los últimos quince días de aquel mes de agosto, de nuevo en el hostel Castro de Zahara, leyendo a todas horas el Relato y el Quijote, descubriendo una relación entre ambos libros mucho mayor de lo primeramente imaginado.

Volví a Sevilla en un estado de excitación tremendo, ávido de información y, además, convencido de que alguien se adelantaría a mis investigaciones, lo veía tan claro y me parecía tan evidente partiendo de Unamuno, que imaginaba una legión de eruditos trabajando en la línea del Relato desde hacía muchos años.

Desde luego lo ignoraba todo sobre el cervantismo. Había leído, como he dicho, a Unamuno, Bataillon, Castro y cosas sueltas de los muchos escritores y artistas de todas las épocas que han transmitido sus impresiones, pero cultura en sí sobre el Quijote tenía muy poca, así que me dediqué, como el propio caballero andante, a leer cuantos libros “pudo haber dellos”.

Pronto comprobé que casi todos repiten, prácticamente, la misma información a nivel biográfico, documental o de fuentes. El resto es un inmenso bagaje de ensayos sobre los miles de aspectos imaginables e inimaginables que puede generar una obra de arte tan extensa como la de Cervantes.

Empecé a agobiarme con una información tan prolija y en la que nunca encontraba lo que andaba buscando, así que un día decidí prescindir de bibliografía y organizar lo poco particularmente averiguado: una dudosa teoría sobre el arranque del Quijote, un bloque importante de paralelismos temáticos y formales y, además, unos cuantos y significativos hitos que lo respaldaban.

Carecía, sin embargo, de una idea estructural, había esbozado algunos aspectos del misterio de la obra, me había aproximado a su sombra, pero otra cosa era entrar y profundizar en ella, esclarecer los procedimientos de Cervantes, sus objetivos esenciales, y trazar un plan de trabajo capaz de explicar los múltiples enigmas y oscuridades de la novela.

La denuncia del secuestro del Relato y su suplantación por la manipulada Vida de Ribadeneira llenaba de ideología el nacimiento del Quijote y fijaba las claves para comprender que los libros de caballerías son un simple trasunto de los libros religiosos, verdaderos best sellers, falsos y enloquecedores, de los siglos XVI y XVII: “Cervantes debió sentirse indignado con este libro no solo por su objetivo de sustituir al auténtico sino por su ideología y su forma, pues además de una prosa tediosa y sobrecargada de inútiles explicaciones y de dobles y triples adjetivos, en la Vida abundan adulaciones a la Inquisición y desmedidos insultos a todos los protestantes, musulmanes y judíos. Es decir, Rivadeneira cumple su encargo y además coloca a la Compañía de Jesús en la vanguardia opresiva de la Contrarreforma emergente. Así que Cervantes se propuso una acción caballerosa, una arriesgada respuesta a la Vida; y utilizando el mismo procedimiento de disfrazar la fuente para esquivar futuras represalias (<<Y así debe de ser mi historia, que tendrá necesidad de comentario para entenderla>> QII, 3) crea una suma de personajes que transmiten la filosofía humanista del Loyola peregrino, impulsiva y alejada de la fría piedad erasmista y el espíritu de la Contrarreforma.”

De esa manera resumía, en parte, el porqué del nacimiento del Quijote, también definido entonces como un mosaico erigido a base de teselas del Relato y sostenido sobre su espiritualidad.

Pero no adelantemos acontecimientos, volvamos, ya calmados los ímpetus aventureros, al conocimiento de los hechos, a los dos libros que informan sobre la vida y milagros de Ignacio de Loyola, pues ellos indujeron a Cervantes a componer el más complejo, ingenioso y revolucionario libro jamás imaginado ni escrito.